

# UN HEROE BURGALES SIN RECOMPENSA

Achaque viejo en las postguerras, oír lamentaciones muy justificadas, las más de las veces, de hombres generosos, que en el momento de peligro lo expusieron todo, olvidando los propios intereses. Quizá padecieron en ellos pérdidas irreparables, o lo que vale más, las sufrieron en el ámbito familiar perdiendo seres queridos, hijos, esposa, hermanos.

Los avatares de la Guerra de la Independencia produjeron una conmoción muy honda en toda España, ocupada una y varias veces por el enemigo, reconquistadas a punta de lanza por el arrojo y valentía insobornables del pueblo español. Obtenida la victoria, se repartieron entre los Jefes del Ejército, de carrera e improvisados, ascensos, títulos, condecoraciones, sinecuras a granel. No pocos — aun entre el elemento civil — se enriquecieron en las turbulencias de la lucha. Fueron, sin embargo, muchos más los que lo perdieron todo y no recibieron nada en pago de sus servicios.

Las negras jornadas de la ocupación francesa en Burgos tuvieron también sus héroes ocultos que vieron sólo pagados sus servicios y sufrimientos con la pura y desinteresada alegría de ver a la Patria libre de la opresión extranjera. Uno de éstos fué el Presbitero D. Mauricio Gómez.

Ocupada la ciudad por tropas francesas desde antes del 2 de mayo, la situación interna se hizo insoportable desde la llegada del General Lasalle. Impuestos, exacciones, amenazas, llovían cada día sobre los infortunados burgaleses.

Por ello empezaron a respirar cuando se susurró, a principios de septiembre, que se aproximaba un ejército español a la ciudad. Efectivamente, las tropas de Lasalle abandonaron el campamento de Gamonal y el castillo de Burgos.

El fervor patriótico contenido y el odio al invasor, represado, brotaron incontenibles en plazas y calles a los últimos de septiembre y durante el mes de octubre de 1808. Proclamación de Fernando VII, reconocimiento de la Junta Suprema Gubernativa del Reino, rogativa y

procesión con la imagen de la Patrona, Santa María la Mayor, desde la Catedral hasta San Agustín.

Pero los franceses volvieron. Era uno de los ejércitos de Ney, mandado por Bezieres, tras del cual venía Napoleón en persona, el que se acercaba a Gamonal. El pánico cundió por la ciudad.

El 6 de noviembre, domingo, Burgos estaba desierto. La noche y el día anterior, al ver como el cuerpo de ejército español del Conde de Belveder abandonaba la ciudad para salir al encuentro del enemigo en Gamonal, todo Burgos se despobló. «El ruido de los vehículos — dice el cronista de esta dramática jornada — los gritos, los llantos, aquella prisa por huir, aquel desorden por marchar, debieron de resultar altamente patéticos y debieron producir en tan tremenda noche impresiones verdaderamente indelebles. Los fugitivos se dirigían a diferentes pueblos de alrededor, cuanto más extraviados y más escondidos mejor, e iban casi todos sin más que un par de líos con lo indispensable, sin recursos, sin esperanzas, dispuestos a morir en aquel penoso viaje antes que presenciar los horrores que en la ciudad presentían».

En aquel fatídico domingo, 6 de noviembre de 1808, no se veía en todo Burgos otro eclesiástico secular ni regular que al buen D. Mauricio Gómez, Capellán en la Iglesia parroquial de San Nicolás, hijodalgo notorio de sangre por ambas líneas. El fué el único sacerdote que en todo Burgos celebró Misa aquel domingo en la Santa Iglesia Catedral al poco pueblo que quedó.

A él sólo se le vió en medio de los terribles acontecimientos que se siguieron a la derrota de Gamonal y segunda entrada de los franceses: saqueo e incendio de la ciudad «sin declinar un punto en su justa, sana y leal opinión sin mudar de traje, ni obedecer orden alguna dirigida por el enemigo a su estado.

Nuestro Capellán, ordenado in sacris ya en su edad madura, era viudo de doña María Teresa de la Peña, de cuyo legítimo matrimonio le quedaban tres hijos: Pedro, Joaquín y Manuel, éste último casado con doña Manuela de Ubierna.

El mismo espíritu patriótico que en el viejo Capellán alentaba toda la familia. Oigamos la declaración de méritos presentada por el generoso e infortunado capellán en 19 de noviembre de 1814. Dice así: «Desde el momento de nuestra gloriosa insurrección comencé a dar las más distinguidas pruebas de amor al Rey y a la Patria, y de horror inflexible a la dominación del enemigo. Así es que arrojando por todo peligro y trabajo me propuse concurrir al servicio común de la Nación por cuantos arbitrios me ocurriesen y oficios pudiese levantar, según mi situación, estado y edad, y en efecto:

1.º En correspondencia con individuos de nuestras tropas y bien frecuente con la partida del Comandante D. Francisco Tomás de Longa, asistí a ésta con cuantos utensilios se me encargaron por sus jefes y subalternos.

2.º He contribuído a la libertad de varios oficiales prisioneros que, en veces, burlando la vigilancia francesa, abrigué y oculté en mi morada con tanta exposición, que sospechoso ya el enemigo, destacó a su requisición 12 granaderos en ocasión que ocultaba tres oficiales de los de Ocaña; accidente que observado por éstos desde su oculto seno, causó tal impresión en uno de ellos, que enfermó gravemente con delirios de más de un mes en mi cuarto y cama, y recuperada la salud por la asistencia caritativa y reservada del médico D. Prudencio Valderrama, logró la libertad por el conducto de los demás. Tan activo en estos oficios como firme (y a veces solo al consuelo de mis vecinos) se me ha visto permanecer en esta ciudad aun en sus más espantosos acontecimientos, y a igual paso, resuelto y en oposición a las órdenes del enemigo.

3.º Varias fueron las dirigidas al Estado Eclesiástico, relativas a preces, lectura de proclamas contra Brigantes, uso de ropa talar (para mejor esplar sus pasos) y arresto general víspera y día de la Ascensión del año 1812, a todas las cuales me negué a vista de los celadores; y a la verdad que para estas dos daba margen mi humilde y pobre situación, y para otras, y todas, mi constante empeño y próxima relación con los llamados brigantes. No eran dados a mi corazón otros sentimientos.

4.º Tenía y tengo bajo las banderas de nuestro Católico Monarca tres jóvenes, hijos de mi legítimo matrimonio, D. Pedro, Capitán hoy del regimiento de infantería de Cádiz, y antes del Batallón de Infantería ligera de Voluntarios de Navarra, D. Joaquín y D. Manuel Gómez de la Peña, teniente y subteniente respectivo del 4.º Batallón de Iberia, que de soldados distinguidos, uno antes y otros desde el ataque de Cabezón y 1.ª campaña del año ee 808, ya en aquel Batallón de Navarra, ya en este de Iberia se han merecido los grados que obtienen.

5.º Su constancia en los varios accidentes de la guerra, sus prisiones, una en Zornoza el año de 8, y otra en el campo de Badajoz en el de 11 el D. Pedro, bien públicas en esta su patria, testigo de la segunda; su fuga y regreso a su amado batallón de Navarra, sus heridas en Bornos el 1.º de junio de 812. Las del D. Joaquín en Vitoria el 21 de dicho mes y año de 813, con la fuga de D. Manuel a nuestras banderas por no supeditarse al enemigo, dan un claro testimonio de mis dos

propuestos extremos: de amor al Rey y horror a su enemigo. Mi nuera D.<sup>a</sup> Manuela de Ubierna, mujer del Subteniente, que no menos varonil (si prisionera del enemigo por el servicio de su marido) supo llevar su suerte hasta la ocasión oportuna de salvarle y acogerse a las banderas de Iberia con su marido y cuñado.

Varios vecinos de Burgos, personas de probidad hicieron su información ante el Alcalde Mayor de S. M., D. Prudencio Fernández de la Pelilla a 30 de diciembre de 1814 en que se ratificaron sobre los extremos declarados por D. Mauricio Gómez y aun añadieron pequeños detalles de intetés

Eran estos vecinos: D. Juan Basáñez, D. Prudencio Valderrama, Médico de Burgos y sus Hospitales Militares, D. Tomás Gómez, de oficio cordonero, el Licenciado D. Cipriano López, Cirujano Titular, D. Juan Rebas, empleado en la venta del Tabaco, y Antonio Bueno, que no sabia firmar y fué la que asistió duranre un mes al prisionero D. Ignacio Bustamante, enfermo de susto en casa del Capellán, cuando la entrada de los dragones.

Uno de ellos afirma que entregó a D. Pedro, el hijo mayor de Don Mauricio un cabriolé para su abrigo en el camino y con el que se desfiló de la escolta a orillas del Ebro y volvió a su cuerpo de Navarra. A éste mismo D. Pedro herido en Bornos le vieron andar con muletas en Burgos hasta que pudo volver al Batallón de Voluntarios de Navarra del que era Coronel Comandante D. Gabriel de Mendizábal.

Del hijo menor de D. Mauricio, el llamado D. Manuel, afirma otro que se fugó por no servir la Cívica que se decía iba a levantarse en nuestra ciudad y por su fuga se sabe con toda evidencia fué presa mujer D.<sup>a</sup> Manuela que igualmente se fugó del encierro y prisión acogéndose a la partida de Iberia con su marido.

Otro de los testigos precisaba que la partida de granaderos franceses que entró en la casa de D. Mauricio iba guiada por un traidor burgalés, llamado Astúlez, que fué después, muerto por los Brigantes. La casa del D. Mauricio estaba muy próxima a aquélla donde les tenían los franceses prisioneros.

El cordonero declaró «que le ha tomado D. Mauricio para el servicio de la partida del Comandante D. Francisco Tomás de Longa porción de lanas en hilo, galones y trencillas de plata, con algunas charreteras para oficiarles, negociación que era del mayor peligro y que ha no tener un buen espíritu patriótico parecía temeridad aventurarse a un camino con géneros de esta clase».

Todos estos méritos de D. Mauricio y sus familiares no fueron recompensados. Y así otro declaraba que «es cierta la enajenación de

la capellanía su único beneficio, pues el declarante ocupó en arriendo una gran finca de ella. Que es pública la situación pobre del mismo D. Mauricio — reducido al destino de Mayordomo de un particular para ver de sustentarse y no tener otro arbitrio — situación nada análoga a su estado, y que es el único eclesiástico que más se ha distinguido en firmeza y constancia en los accidentes de la guerra ocurridos en esta ciudad, burlándose de las órdenes del enemigo»

Como ocurre con frecuencia, no se le hizo justicia al bueno de don Mauricio en vida. Por eso hemos querido desenterrar del olvido del archivo su nombre y su figura simpática y decidida, en aquellos días terribles de la historia de Burgos, para que al menos no se extinga la fama de su firme patriotismo.

LUIS FERNANDEZ, S. J.

N. B. — Todos los datos para este trabajo están sacados de la documentación presentada por D. Mauricio Gómez, existente en el Archivo del General D. Francisco Tomás de Longa.